Jóvenes, promoción vocacional y formación para la vida religiosa: un enfoque sociocultural

Luis Fernando Falcó, msps

Ellos no son del mundo, pero viven en el mundo… (Jn 17,14)

Resumen

Usualmente las consideraciones sobre Promoción Vocacional y formación en ambientes eclesiales se formulan sin tener en cuenta los contextos socioculturales que configuran actualmente la subjetividad de los jóvenes, quienes son los potenciales candidatos a nuestras congregaciones. En este artículo se vinculan los procesos de reclutamiento y formación para la vida religiosa con algunas tendencias socioculturales en la configuración subjetiva de los jóvenes, particularmente en América Latina. A partir de ello se reflexionan sobre implicaciones que necesariamente deben considerarse en los procesos formativos de los consagrados.

Introducción

En el ámbito de la vida religiosa suelen pensarse las cuestiones de reclutamiento vocacionales desde esquemas y factores puramente internos; es decir, considerando únicamente lo que sucede en el mundo interior de la persona y, si acaso, en la dinámica del mundo religioso. Se considera la religiosidad y la decisión del individuo; las formas y modos que ocurren cuando se convoca a los jóvenes a participar en grupos y asociaciones y al plantearles la pregunta vocacional. Cuando siguen un determinado proceso de inserción o reclutamiento previo al ingreso se les vislumbra aisladamente, lo mismo que en el momento en que algunos pocos se insertan formalmente a nuestras estructuras de vida y reaccionan a nuestros dispositivos de formación.

Al hacerlo de esta forma, corremos necesariamente el riesgo de que nuestras interpretaciones del proceso de convocación-respuesta y de inserción-formación resulten incompletos, que fracasen o se vean obstaculizados, y no sepamos por qué. Resulta que las más de las veces lo hacemos sin ubicar el proceso vocacional, la decisión de esos jóvenes y a ellos mismos en su contexto social y cultural. Quedamos *ciegos* para percatarnos de un conjunto de factores que inciden estructuralmente en el individuo potencialmente llamado: su manera de pensarse a sí mismo y de apreciar el sentido de la vida, de considerar algo valioso, su moralidad, el sentido de la propia trayectoria y sus imaginarios respecto al futuro. En una palabra, pasamos de largo las dinámicas sociales y culturales que afectan, condicionan o de plano cierran la posibilidad de que ocurran las opciones promovidas. Aún entre los que sí se sienten llamados y comienzan un camino de clarificación vocacional en un instituto religioso, están en juego factores culturales no evidentes que limitan las posibilidades de su agregación y efectiva incorporación. Permanecemos ingenuos –quizás también- frente a los efectos que acarreará su inserción a las formas tradicionales de incorporación, organización y formación que tiene la dinámica propia de cada seminario e instituto.

Eso ocurre porque la mayoría de las veces no caemos en la cuenta de que se trata no sólo de un cambio de opción espiritual de vida ya sea de carácter voluntarista, místico o emotivo, sino de algo inmensamente más relevante desde el punto de vista social-cultural: ser convocado a *un*

estilo de vida socialmente ubicado, comenzar a *vivir prácticas y valores* que tienen un determinado *lugar en la sociedad*, *modificar el imaginario de un modelo de vida* que ya no es el dominante, y que tiene distintas correlaciones con aquello que las grandes dinámicas socioculturales son capaces de encomiar y fortalecer desde sus calladas y férreas estructuras de sentido.

De allí que sea conveniente y necesario hacer este ejercicio reflexivo: 1) señalar elementos que permitan ubicar social y culturalmente quién es este joven latinoamericano actual; 2) para entender mejor qué le implica a un joven típico hacer una elección como la que se propone en la vida religiosa y sacerdotal. Aquí se procede vinculando tres elementos: ciertos rasgos estructurales de la *sociedad moderna/posmoderna;* para señalar después algunas de las tensiones más decisivas de la juventud en A.L. y las implicaciones que estos elementos tendrían para suscitar y sostener una opción como la de la ser religioso o sacerdote en la iglesia católica. Ubiquemos primeramente dos rasgos estructurales de la sociedad y sus implicaciones para estas opciones que hacen tan distante nuestra opción para la generación que arriba a la juventud.

1. Dos elementos estructurales

Sociedad de consumidores. Dígase pronto y de manera contundente: el imaginario de la sociedad contemporánea no *convoca* para lo que nosotros deseamos vivir y proponemos que otros jóvenes vengan a probar. La sociedad actual, en cambio, *convoca a consumir*. Según Zygmunt Bauman:

> La sociedad de consumidores es un tipo de sociedad que convoca, a sus miembros (se dirige a ellos, los interpela, los llama, apela a ellos, los cuestiona, los interrumpe e irrumpe en ellos) fundamentalmente en cuanto a su capacidad como consumidores. Al llamarlos a alistarse como consumidores la sociedad espera ser escuchada, atendida y obedecida. Evalúa –recompensa y penaliza- a sus miembros según la rapidez y calidad de su respuesta a dicha interpelación. Como resultado los lugares asignados sobre el eje de excelencia/ineptitud de rendimientos consumistas se convierten en el principal factor de estratificación y en el criterio fundamental de inclusión y exclusión, a la vez que marcan la distribución de la estima o el estigma social, así como la cuota de atención pública. En otras palabras, la sociedad de consumidores implica un tipo de sociedad que promueve, alienta y refuerza la elección de un estilo y una estrategia de vida consumista; y que desaprueba una opción cultural alternativa… (2007, 77ss).

Si una opción como lo es la vida religiosa elije y se funda en valores que implican la renuncia a una vida centrada en el consumo, aún más, que apunta a la pobreza y al servicio de los pobres como sus ideales, asumiendo un estilo de vida que se distancia y denuncia al consumo como idolatría, entonces necesariamente éste será un modo de vivir en cierta medida *estigmatizado.* Es decir, que no sólo se trata de un modo de vida poco acreditado y para el que no hay convocación, sino para el cual la sociedad positiva y eficazmente, aunque discreta y soterradamente descalifica y estigmatiza. En efecto, es mucho lo implicado por Bauman cuando dice que la sociedad *convoca* a los individuos para alistarse como consumidores y para ninguna otra forma de vida. Se tratará de algo que tiene *lugar*, en contra de aquello otro que queda sin *lugar*, es decir, sin reconocimiento social. Porque siempre la sociedad ha *convocado,* preparado y llamado para formas de vivir que se "canonizan" (y por contraste se ha rechazado otras).

> Durante la mayor parte de la historia moderna (era de las plantas industriales y de los ejércitos de conscriptos), la sociedad ***–convocaba-*** interpelaba a la mitad

> masculina de sus integrantes en cuanto productores y soldados… Así la obediencia a las órdenes y el apego a las normas, el acatamiento de la función asignada y su indiscutida aceptación, el sometimiento a la rutina y la sumisión a la monotonía, la tendencia a posponer la gratificación, una resignada aceptación de la ética del trabajo son los patrones del comportamiento que fueron inculcados en sus miembros, en los que se los entrenaban y que, se esperaba, aprendieran e interiorizaran. (*Ibid*.).

La sociedad consumista *convoca* en primer lugar a sus miembros a hacerse ellos mismos productos que adquieren vigencia en el mercado, dispuestos a desgastar en ello todas sus fuerzas y orientar sus empeños. Por eso, si quienes viven dicha opción consagrada como propia y quienes la promueven sienten que su llamada *cae en el vacío, se queda sin escucha, no tiene auditorio…* ello no refiere a una percepción autocompasiva, sino sobre todo, a una de toma de conciencia de la realidad y de las dimensiones del reto que enfrentan.

La cultura "ahorista" o cultura acelerada*.* Sigue afirmando Bauman que el consumismo del tiempo presente se caracteriza, sobre todo, por una *renegociación del sentido del tiempo,* señalando con ello una ruptura que no tiene parangón en la época moderna. La manera de experimentar la sucesión de la vida ha sufrido un desplazamiento. El tiempo en la sociedad de los consumidores no es cíclico ni lineal, como solía ser para la humanidad en sociedades previas. Usando una imagen metafórica de Maffesoli retomada por Bauman, se dirá que es un tiempo *puntillista, o un tiempo puntuado.* Ello significa que se trata de un tiempo que está más marcado por la multiplicación de rupturas y discontinuidades, por los intervalos que separan los sucesivos bloques y establecen los vínculos entre ellos, que por la secuencia de contenidos específicos entre los bloques. Finalmente se trata de un tiempo concebido como secuencia de "puntos", cada uno indescifrable en sus infinitas posibilidades, por cuanto el punto matemático carece de magnitud y sentido. El tiempo *puntillista* es más prominente por su inconsistencia y su falta de cohesión, que por sus elementos cohesivos y de continuidad. En este tipo de tiempo, cualquiera que sea la lógica de continuidad o causalidad que conecte los sucesivos bloques, sólo puede ser intuida o conjeturada al final de la búsqueda retrospectiva en busca de orden e inteligibilidad, ya que por regla no existe un vínculo que pueda ser establecido o al menos asumido por intuición o por fe con suficiente credibilidad. [1] Es decir, la trayectoria de vida es impensable como representación de un proyecto que se despliega en el tiempo.

Véase el significado de estas dimensiones estructurales en nuestros propios contextos: Hace veinte años se emprendió en la Ciudad de México un estudio preguntando a papás católicos si quisieran que sus hijos fueran sacerdotes.[2] La respuesta más constante fue un ***No*** contundente. ¿Por qué? Porque se *perderían de la vida…* Sin poder especificarlo más. ¿De qué se perderían? ¿Qué no tendrían? A lo que se alude sin poderlo definir categóricamente es a la pérdida de las infinitas posibilidades que hipotéticamente ofrece la vida en la sociedad de consumo y que los padres se sienten con la obligación de asegurar para sus hijos. Opciones como la vida religiosa, al fin y al cabo, convierten al individuo en sujeto-de-un-proyecto-de-vida que restringe las infinitas posibilidades del "tiempo puntillista". Desde esta perspectiva aparece una implicación que invita a profunda reflexión: elegir vivir según un proyecto como el religioso no necesariamente significa dejar "algo" al modo tradicional: casa, familia, hermanos, posesiones, carrera. Las más de las veces eso no existe. Lo realmente difícil, desde las estructuras de plausibilidad del sentido en las sociedades permeadas por este modelo es renunciar a las posibilidades de migración continua de elecciones cambiantes, a vivirse ceñido por un proyecto.

[1] Lo anterior referido al autor está casi textualmente tomado de: Zygmunt Bauman 2007, *Vida de Consumo*, FCE, p.51ss.
[2] (1988) P. Rafael Moctezuma Barragán, msps.

Frente a estas tendencias, la opción –culturalmente hablando- que se abre para la vida religiosa es *formar sólidas y viables comunidades de contraste.* En el sentido de contraste como alternativa. Quiere decirse con ello que se trata de un grupo de personas que tiene la fuerza corporativa para vivir de manera distinta y reconocible a contracorriente de las tendencias dominantes, bajo la égida de un esquema valoral-práctico contracultural, sin que ello signifique irrelevancia, sino por el contrario. Es decir, fomentar un espacio en el no sólo se trata de profesar o creer en determinados valores a nivel personal, sino en el que también se es capaz de construir ámbitos donde se llevan adelante las relaciones de manera diferente en lo micro, local y también a nivel social, a partir de una autocomprensión también distinta. De manera que las formas de comunidad ejerzan un poder de atracción, de convocación por el poder que tienen, capaz de interesar las fuerzas estructurales de la sociedad, por lo menos para algunos.

Para dar otro paso en la reflexión, los jóvenes de esta generación en el espacio social y cultural latinoamericano se ven sometidos a particulares tensiones que hacen notablemente difícil su tránsito a través de la etapa especial en la que presuntamente se accede a un modo de vivir adulto.

2. Los jóvenes en el panorama social latinoamericano actual [3]

El informe de la CEPAL*, Panorama Social 2004,* al hablar sobre juventud latinoamericana, comienza ofreciendo una definición de juventud ubicándola como una etapa de la vida establecida socialmente como un lapso prolongado de *moratoria*. Espacio cultural cuya meta es el tránsito de la infancia a la madurez que involucra un período en que *se disocia la madurez biológica de la madurez moral o la social.* De modo que "se inicia con la capacidad del individuo para reproducir a la especie humana y termina cuando adquiere la capacidad para reproducir a la sociedad" (citado de Brito, p. 29). Así aparece el sujeto "joven"que no es ni niño ni adulto, aquel para quien el presente es preparación para construir su hogar propio e insertarse en mercados de trabajo que exigen cada vez mayor adquisición previa de conocimientos y destrezas. [4]

Si bien en la idealización construida a lo largo de las sucesivas etapas de la modernización, la juventud aparece como actor que se prepara para entrar al relevo en el sistema productivo, ***un sujeto en tránsito,*** lo que se ve es que gran parte de la juventud latinoamericana se encuentra en situación bien distinta. Las crisis periódicas del modelo de desarrollo latinoamericano, del empleo y también las generadas por el cambio acelerado en modos de vida, sitúa a los jóvenes en un lugar altamente problemático. En el hoy de América Latina son mucho menos claras las perspectivas de integración social de los propios jóvenes. Su imaginado tránsito al mundo de los adultos se embrolla. En resumen:

- *El tránsito de la educación al empleo se hace más complicado* en la medida en que los mercados laborales no garantizan ocupaciones estables o promisorias para gran parte de los jóvenes, a excepción de los más formados; reservando para el resto una amplia, pero precaria gama de trabajos informales, con bajos ingresos y ninguna estabilidad.

[3] Todo lo que sigue está tomado y comentado del informe: Comisión Económica para América Latina (CEPAL), *Panorama Social 2004*, Cap. III, Situación social de la juventud: Tensiones y paradojas**.** Pp. 1 ss.

[4] CEPAL, *Panorama Social 2004*, Cap. III Situación social de la juventud: Tensiones y paradojas**.** Pp. 1-2, *Introducción*. Sigue diciendo "Según Bourdieu la juventud 'no sería más que una palabra': creación social para definir un período etario que debiera cumplir, en nuestra época, con ciertas expectativas, pero que no siempre ha sido tratado como un actor social en sí mismo. (Bourdieu, 1990). Lo cierto es que la juventud aparece como un concepto poco claro en la medida que engloba bajo un mismo rótulo un conjunto social muy heterogéneo. Muy distinta es la situación de jóvenes urbanos vs. rurales, de jóvenes de grupos socioeconómicos carenciados respecto de otros que viven en hogares de mayores ingresos, de jóvenes de 15 a 19 años en contraste con otros de 20 a 24 o de 25 a 29, de jóvenes con poca o con mucha educación formal, de jóvenes mujeres en relación a jóvenes hombres".

- *El tránsito de la dependencia a la autonomía material se hace difuso*, en un doble sentido: por la mayor dificultad en obtener ingresos para los jóvenes (por la restricción de entrada al empleo), como por la necesidad de permanecer más tiempo en la etapa formativa (y en el hogar parental) para optar por mejores ocupaciones.
- Finalmente, *el proceso de transmisión de valores*, aquel por el que los jóvenes internalizan y sedimentan las normas y criterios de los adultos*, se torna muy confuso o* francamente *conflictivo* porque el cambio acelerado en los valores y formas de vida lleva a cuestionar o rechazar el tradicional rol "ejemplarizante" o disciplinario de los padres ante los jóvenes.

De manera que si, idealmente, el paso de una generación a otra dentro de una sociedad se consigue a través de una especie de *correa de transmisión* que debiera llevar a los jóvenes desde su fase formativa a una fase estable y productiva, hoy plantea muchos interrogantes. No es casual que la conflictividad o apatía política, deserción escolar, crisis normativa o conductas de riesgo pasen a ser parte del lenguaje con que la sociedad nombra y define a los jóvenes. Por eso, en una de sus afirmaciones vertebrales, el panorama de la CEPAL afirma sin lugar a dudas que *la juventud latinoamericana vive hoy con mayor dramatismo que el resto de la población una serie de tensiones o paradojas que expresan sus dificultades de integración social.*[5] Dicho con palabras sencillas y desde el lado subjetivo, sucede como si los jóvenes no tuvieran razones para creer o confiar en el mundo que les heredamos, sobre todo porque carecen de maneras de hacerlo. Estos rasgos dramáticos se pueden desdoblar en varias tensiones o paradojas bien descritas por el documento, que sirven como tendencias para la reflexión sobre las dificultades concretas implicadas en invitar a vivir la propuesta de vida religiosa a los jóvenes actuales en nuestros países.

1a tensión: Tienen más acceso a educación y menos acceso al empleo

Una primera tensión o paradoja es que la juventud goza de *más acceso a la educación y menos acceso al empleo*. Los jóvenes latinoamericanos actuales tienen más años de escolaridad formal que las generaciones precedentes (en México, nueve años promedio); pero al mismo tiempo rebasan por dos o tres veces el índice de desempleo respecto de esas generaciones y perciben menores ingresos. Eso significa que están más incluidos que las generaciones precedentes en los procesos formales de adquisición de conocimientos y formación de capital humano, pero más excluidos de los ámbitos en que dicho capital humano puede ponerse en práctica, es decir, el mundo del trabajo y como fuente de ingresos para el bienestar propio. Las razones más importantes son:

- En buena parte, el progreso técnico exige más años de educación para acceder a empleos "modernos" suficientemente remunerados, y por tanto se encara una dinámica de *devaluación educativa* (la misma cantidad de años de escolaridad "vale menos" hoy que hace dos décadas).
- En parte, el ritmo de creación de empleos en la última década está muy por debajo de la demanda de puestos de trabajo, a la vez que el mismo empleo se ha hecho más inestable, sobre todo, para quienes ingresan al mercado laboral sin derechos adquiridos y sin experiencia de trabajo. [6]

Al contrario de lo que solía suceder en la época de la primera modernización latinoamericana (50-70's), hoy se generaliza y se profundiza una falta de confianza en los procesos formativos. Los jóvenes se desinteresan en invertir su tiempo y esfuerzo en capacitarse, en cuanto perciben

[5] Ibid.
[6] CEPAL, *op.cit.*, Cap. III Situación social de la juventud: Tensiones y paradojas. Pp. 1-2

que esa formación no les va a servir para la adquisición de mejoras en la posición social y en sus ingresos, a menos de que se encuentren de entrada entre los mejor pertrechados económicamente. Con frecuencia preferirán insertarse rápidamente al mercado laboral en aras de acomodarse tempranamente, e ir adquiriendo las escasas ventajas o probar suerte a través de múltiples ejercicios laborales de ensayo-error, en lugar de destinar largos tiempos al desgaste de procesos educacionales de incierto futuro.

El descrédito generalizado emergente en esta tensión alcanza también la viabilidad de que los jóvenes se embarquen en procesos de formación tan complejos como son los de la vida religiosa y el sacerdocio. Una respuesta típica de alguien convocado podrá ser: *¡Hay que estudiar demasiado…!* La mayoría se situarían reactivamente ante una formación de muchos años y variados temas; y encontrarán difícil hacer los nexos entre el cúmulo de lo que deben aprender y lo que desean practicar. En los hechos se encontrarán resistentes ante el esfuerzo continuo de formadores y centros de estudios de dotarlos de una "amplia" formación académica, una visión sistemática y de conjunto, de interesarlos en variados campos del saber. Una de las principales dificultades será la desconexión estructural entre los universos de aprendizaje que se pretende conectar. Es decir, lo que se pretende formativamente e intelectualmente, resultará *demasiado, inconexo, abrumador* tanto por la cantidad desusada de materiales, como por la amplitud de metas al que se quiere acceder, en comparación con lo acostumbrado.

Sería indispensable que la convocación vocacional y la formación no se limitara sólo a un currículo de asignaturas o de contenidos a través de los cuales los candidatos tienen que, literalmente, "pasar" para "llegar" a una meta; sino que la formación y la invitación vocacional de inicio se plantee al modo de una experiencia (¡Experiencia, en serio!) que se genera a través del *aprender-haciendo,* como condición del *aprender-sabiendo.* Un *aprender-haciendo* que se traduzca en dos ámbitos. Por una lado, que el joven pueda poner en acción lo que sabe hacer como su capital o patrimonio personal; aceptado por la comunidad que recibe como punto de partida con el que se llega a la nueva experiencia formativa. De modo que formarse en la vida religiosa no signifique llegar a aprenderlo todo como un niño que casi literalmente *vuelve a nacer.* Por otro lado, que los aprendizajes generados en el contexto formativo tengan constantemente vías de llevarse al terreno de la práctica, como verificación práctica y ámbito de asimilación de lo que se está recibiendo. De otra manera los procesos formativos se exponen, en la mayoría, a la saturación y la obtención de respuestas adaptativas.

2ª tensión: mientras los jóvenes pueden manejar más información que los adultos, tienen menos acceso al poder

A la anterior paradoja se suma otra de singular relevancia, *mientras los jóvenes pueden manejar más información que los adultos, tienen menos acceso al poder*. Por un lado, la juventud latinoamericana tiene proporcionalmente mucha mayor participación en redes informáticas que otros grupos de edad; por consiguiente más acceso a información por su mayor nivel de escolarización y su consumo más diversificado de los medios audiovisuales de comunicación. No obstante, los jóvenes participan menos en los circuitos de decisión de la sociedad, sobre todo en la esfera del Estado y en todo orden de decisiones políticas, tal como lo muestran las encuestas de juventud y diversas encuestas de opinión. Los estudios dejan ver que domina la idea de que, tanto el sistema político como los espacios de toma de decisión no logran influir en la vida de los jóvenes. En la práctica están excluidos y concomitantemente se excluyen.

En resumen, la paradoja se puede formular en estos términos: ocurre una tensión entre la mayor inclusión social juvenil en cuanto a acceso a información y redes y la mayor exclusión por el lado de la ciudadanía política. En cuanto los órganos de decisión y sus reglas están en manos de los más viejos y se hace sumamente difícil acceder a estos circuitos. Si de una parte los jóvenes manejan e intercambian más información que otros grupos de edad, por otra parte se viven

excluidos, poco representados por el sistema político y estigmatizados como disruptores del orden por los adultos y otros representantes de autoridad. Paradójicamente, esto sucede en nuestros países en un momento histórico de tránsito hacia sociedades donde se dice que el poder está vinculado de manera cada vez más directa con la información y la creación de conocimiento.[7]

Esta tensión tiene implicaciones para que se posibilite o no la convocación y la formación para la vida religiosa que aquí se analiza. La primera es que crece la desinvolucración de los jóvenes en los procesos deliberativos y de toma de decisión dentro de los espacios que impliquen en alguna medida lo político; mientras que, en contraparte se refuerza la involucración en los ámbitos restringidos de lo privado potenciado por la redes informacionales, sobre todo a través de aquellas redes de co-presencia física o virtual donde tengan primacía los intereses comunes, donde el consenso no sea racional y argumentativo sino afectivo y emocional, en torno a los pasatiempos y los gustos musicales y las amistades, como la infinidad de grupos y los espacios cibernéticos que se crean día a día en la web, donde los encuentros se hacen y deshacen sin complicación y se disfruta un ámbito intermedio entre real y virtual. Las redes de contactos para *conocerse,* de crecimiento más explosivo tipo *Hi5* y *Facebook,* están formadas por jóvenes y adolescentes.

Esto significará, en términos prácticos, que sectores muy amplios de jóvenes pasarán la etapa sin haberse involucrado en decidir algo más que (lo contingente de) sus propias vidas, y quizás, en alguna medida, en las vidas de los que tienen afectivamente cerca. Nada más allá. Incorporan una disociación entre *su-mundo* y el mundo social y político de su entorno. El primero es el único importante, el segundo las más de las veces es invisible. Eso resulta particularmente problemático en el caso de la posibilidad de opción vocacional, en cuanto la convocación vocacional se concibe como una llamada a involucrarse en un proyecto de *cambiar el mundo.* Es decir, que implica interesarse en alguna medida por el cambio social y por los otros lejanos. Dada la experiencia de escasa participación en la gestión de la sociedad a diferentes niveles, lo primero a comprender es que la llamada vocacional sonará estructuralmente extraña para muchos: *¡Y… yo qué tengo que ver con el mundo!* Invertir intereses y esfuerzos en lo "social", en otros lugares lejanos, en los pobres, en definitiva en cambiar *mundos más allá de mi mundo* tiende a ser una dimensión experiencial desconocida, y que por ello –en parte- no encuentra resonancia ni fácil, ni naturalmente entre los jóvenes de esta generación. De allí que las experiencias de formación tanto en la vida cristiana como en la formación para la vida religiosa, tendrán que ser unas que involucren a los sujetos en la gestión de los asuntos colectivos de manera práctica, que de inicio rompan el cerco del individuo y del grupo extraño a lo social político, si se quiere que de allí surjan personas involucradas con lo social en sentido amplio. De otra manera la formación solo extenderá esas mismas dualidades *mundo propio – mundo externo.*

3a tensión: por un lado decrece el peso poblacional relativo de los jóvenes, por otro lado se extiende el período de la juventud

La mayor parte de los países de América Latina atraviesa hoy por una nueva fase en su conformación demográfica, lo que implica un descenso relativo en la incidencia de jóvenes en la población total. En una primera fase, se expandió aceleradamente el número de jóvenes y se ensanchó significativamente su representación dentro de la población. Tanto el ritmo de crecimiento de la población joven como su peso dentro de la población total alcanzaron en esa

[7] *Ibid.* P.13.

fase (1950-1970 y aún hasta 1990) sus máximos niveles históricos. En la siguiente fase, como consecuencia del descenso de los ritmos de crecimiento de la natalidad, en casi todos los países del subcontinente se acentuó una tendencia que ya se insinuaba en las postrimerías de la anterior, que es la atenuación del ritmo de incremento de la población joven. Por ello, a finales del siglo XX comenzó a bajar la proporción de jóvenes dentro de la población total. En esta fase se encuentra hoy América Latina, donde el porcentaje de población joven ha vuelto al 37% de mediados de siglo XX, siendo el ritmo de expansión de este segmento inferior al 1% medio anual en la actualidad.

La fase por venir se caracteriza por un descenso de la cantidad de jóvenes, mientras persiste la caída en el porcentaje de este segmento etario respecto del total de la población. Se trata de una etapa aún desconocida para la región en su conjunto, aun cuando algunos países ya la están experimentando. El informe de la CEPAL afirma que si se toman las proyecciones de largo plazo se observa un cambio radical en la pirámide de edades, al punto que a mediados del siglo XXI la población joven (de 10 a 29 años de edad) tendrá una incidencia no muy distinta en el total poblacional que la de los adultos mayores. Esto a la vez alteraría radicalmente la imagen de la sociedad, dado que América Latina se ha visto tradicionalmente como un continente con un rostro joven. ¿Qué significará socialmente este cambio? Ciertamente a nivel de políticas públicas cambiarán las orientaciones de los servicios de salud, y será menor la presión ejercida sobre la oferta educativa por reducción de la demanda agregada de estos servicios, la relación entre activos y pasivos laborales, y el peso político de distintas visiones de mundo asociadas a la fase de madurez vital entrará en fuerte competencia con lo juvenil.

La representación poblacional de la juventud, en general, tenderá a mermar, lo que podría debilitar proporcionalmente la capacidad de influencia social y movilización política y cultural de los jóvenes. Más aún, la incorporación de los temas que le atañen a la juventud en las agendas públicas puede verse deteriorada, dado que descenderá su peso electoral y como consumidor de las estrategias políticas. Pero, por otro lado, podría producirse una mayor valoración de los talentos o rasgos de los jóvenes, debido a su creciente escasez relativa. Se podrán convertir en botín político más disputado, o por el contrario, puede reducir el poder de los jóvenes debido a su menor incidencia demográfica.

Cabe distinguir también cambios que podrán darse en *el hogar* y sus consecuencias**.** Se trata de un cambio considerado a nivel micro y corresponde a los vínculos que establecen las diferentes generaciones a escala doméstica y de las familias. La permanencia en el hogar de los hijos jóvenes puede extenderse con más holgura si no hay hermanos pequeños que requieren espacio, recursos y cuidados. La mayor sobrevivencia de los abuelos hace que su presencia (y, eventualmente, el intercambio e interacción con los nietos) sea más probable durante la fase juvenil de las personas. Finalmente, la crianza y formación de los niños en un contexto de pocos hijos (aún más si se trata de hijo único) sitúa a los jóvenes en una condición nueva, inédita en América Latina.

Sin embargo, este descenso en el peso relativo de los jóvenes contrasta con una prolongación del período juvenil, sobre todo si se considera desde el punto de vista de sus roles sociales. Es decir, la juventud concluye principalmente cuando los jóvenes se autonomizan respecto de los padres y pasan a constituir sus propios hogares. Sin embargo, este umbral tiende hoy a desplazarse hacia edades mayores, y no es casual que en las clasificaciones estadísticas el período definido como "juventud" tienda a extenderse desde el tramo 15-24 al de 15-29 años de edad. El *síndrome de autonomía postergada* (ver paradoja siguiente), combinado con la menor incidencia poblacional de jóvenes, sin duda recompone la vida familiar de maneras que hoy resultan difíciles de imaginar. Menos jóvenes en la sociedad, pero jóvenes que permanecen por más tiempo en el hogar de origen, constituyen ya una combinación inédita.

Las consecuencias pueden considerarse en resumen. En el futuro próximo habrá menos jóvenes, tendrán quizás menos peso colectivo y en las políticas públicas; el Estado gastará menos en ellos. Sin embargo, sus peculiaridades los harán más importantes y aún decisivos para las instituciones. ¡Ser joven o tener jóvenes será algo decisivo! Tal como hoy lo están experimentando intensamente las congregaciones religiosas. Por lo mismo, los individuos jóvenes tenderán a gozar de más privilegios en el ámbito del hogar, porque podrán vivir la etapa de moratoria por más tiempo, al no haber nadie que les reclame el lugar; con los ganancias de la etapa, sin asumir las implicaciones de las elecciones de vida que generan independencia: vivir separados de los padres, tomar decisión respecto al estado de vida, alcanzar autonomía económica completa.

Un punto que se desprende y que atañe directamente la opción vocacional religiosa tiene que ver con la dificultad de salir del hogar. Por las condiciones antes dichas, separarse de la familia se tornará una decisión más difícil, tanto para formar una pareja como en el eventual caso de elegir una opción consagrada, pues el vínculo con la familia será más intenso no sólo (ni necesariamente) por los afectos en juego, sino por los beneficios que conlleva. Aunque en el caso de la opción por un estilo de vida consagrada será mucho más arduo por el desarraigo y la separación física implicada en la elección. De allí que los procesos de formación no puedan ser vividos sin abordar constantemente el tipo de vínculos que se propone vivir con la familia y su evolución. Pero aún más, este nueva condición plantea una necesaria revisión del sentido profundo del que se dota a las opciones mismas, ya que según lo visto, para los jóvenes implícitamente estas opciones podrían estar significando la consecución o el mantenimiento de status de privilegio. De manera que si perdieran las ganancias enunciadas o prometidas, se pierde la consistencia de la opción. Por otro lado, habrá que estar atento a que la formación reproduzca un estilo de relación institucional vivido como extensión de los vínculos faltos de autonomía y decisión, típico de los sectores juveniles que no eligen; es decir, a que las mismas estructuras formativas faciliten su permanencia.

4ª tensión: si por un lado la expectativa de autonomía moral es mayor y más precoz entre los jóvenes hoy que en generaciones precedentes, por otro lado se postergan las opciones de autonomía material

Se ha dicho ya que los jóvenes cuentan con capacidades que los adultos no tienen para insertarse en los nuevos desafíos de la sociedad hipercomunicada tales como, más años de escolaridad, un uso más familiarizado de la comunicación interactiva a distancia, y aptitudes que gozan de mayor prestigio en la competencia laboral como la flexibilidad y capacidad de adaptación. Al mismo tiempo, ellos han interiorizado las *expectativas de autonomía* propias de la sociedad postradicional vía su acceso a la comunicación a distancia, también al asimilar los valores de sociedades más secularizadas. Evidentemente esta expectativa de autonomía es mayor que en generaciones precedentes que crecieron bajo patrones tradicionales. Cuestionan la legitimidad de la autoridad parental más precozmente, en parte por los contra-modelos televisivos, y en parte, porque sienten que manejan más información y cuentan con más recursos educativos que muchos adultos.

Todo esto confluye en el *síndrome de autonomía moral precoz*. Eso significa que los jóvenes consideran que pueden decidir sobre el destino y orientación de sus comportamientos a edades más tempranas que las generaciones precedentes. En buena medida la crisis de la autoridad parental y docente sobre los adolescentes se relaciona con este fenómeno. Prueba de esta precocidad puede ser el hecho de que la edad de la primera relación sexual tiende a adelantarse; los jóvenes deciden sobre su sexualidad más tempranamente (elemento importante en la autonomía moral). En todos los niveles educativos las mujeres de 20 a 24 años tienden a iniciar su vida sexual cada vez más temprano. En México la edad promedio para la primera relación

sexual es 17 años para hombres, 19 años para mujeres. Algo similar ocurre con otras decisiones que los jóvenes toman sin consultar con sus padres e incluso contra la voluntad de los mismos, como puede ser el consumo de alcohol y drogas, que también tiende a iniciarse más tempranamente.

Sin embargo, a este síndrome se opone el *síndrome de la autonomía material postergada*, vale decir, los jóvenes constituyen hogares propios más tardíamente. Así, por ejemplo, si bien la mayoría de las investigaciones basadas en encuestas de Demografía y Salud muestran que se ha producido un inicio más temprano de las relaciones sexuales, las uniones y matrimonios se forman más tardíamente. Los datos apuntan a un fenómeno de prolongación de la permanencia en la familia de origen (como ya se describía antes), relacionado con mayores dificultades para pasar del ámbito educativo al laboral, y con la demanda de mayor formación impuesta por exigente competitividad en los empleos. Una razón más que tiende a retrasar la edad en que los jóvenes se autonomizan tanto económica como habitacionalmente respecto de sus padres. Los jóvenes se independizan de sus hogares cada vez más tarde, lo que repercute en su libertad para casarse y tener hijos. Estos factores generan la tensión entre *la mayor expectativa de autonomía*, propia de la actual fase de modernidad, *y menores opciones para materializarlas* en términos de recursos y de espacios, o al menos más tiempo requerido para obtener un empleo que permita dicha autonomía.

Se da, pues, una asincronía novedosa entre una precoz expectativa de autonomía moral y una larga postergación de la autonomía material. Muy tempranamente los jóvenes cuestionan la legitimidad de la autoridad parental y esperan ordenar sus vidas conforme a sus propias decisiones, y por lo mismo permanecen durante un período muy largo asumiendo libertad moral de adultos pero perpetuando la heteronomía material de los niños. Se rompe la imagen de autonomía moral y material como dos caras de la misma moneda, o bien dos conquistas complementarias y simultáneas en el tiempo.

Esta ruptura marca de modo incierto pero profundo la vida en los hogares y las posibles opciones de estos jóvenes. Individuación temprana con inserción tardía hacen que durante un largo período juvenil se estire esta disociación entre lo moral y lo material, entre lo afectivo y lo productivo. La nueva condición típica de las relaciones parentales es, *padres confundidos con hijos enigmáticos hacen parte de la relación cotidiana en las familias*.

¿Es posible extender esta nueva condición de distancia y perplejidad al talante formativo? *¿Formadores confundidos, con formandos enigmáticos?* Estos jóvenes descritos pensados como formandos podrían tolerar por más tiempo situaciones de ambigüedad e incertidumbre, y aún de cierta contradicción en la vivencia del compromiso religioso, sin decisión de fondo, pero sin romper formalmente con la institución; sin mostrar sus contradicciones, pero guardando las formas. En el ámbito de la formación para la vida religiosa eso significa que podrán vivir el estilo de vida que nominalmente *profesan,* ajustando comportamientos externos, ateniéndose al fuero externo y manteniendo al mismo tiempo su autonomía moral sin concurso de la institución. Siempre dejando abierta la puerta (la autonomía) de "otra posibilidad", sin definir su opción como algo para toda la vida y en el que concurran todas las dimensiones de la propia persona. Este punto es especialmente relevante por cuanto se encomia en ciertos encuadres eclesiales.

5a **tensión: si por un lado el consumo simbólico se expande a ritmo acelerado, el consumo material encuentra severas restricciones para incrementarse.**

Una tendencia que afecta a todos los grupos de edad, pero con mayor intensidad a los jóvenes, es *la creciente desproporción entre consumo simbólico y consumo material*. De una parte el aumento en acceso a símbolos, mensajes, imágenes, información y conocimiento se ha potencializado por el aumento de consumo audiovisual y la conexión a redes virtuales.

Se ha repetido que la conectividad a redes virtuales tiene una intensidad y cobertura mayor entre jóvenes que en la población adulta. La expansión de acceso a Internet sigue un ritmo exponencial entre los jóvenes. Estos tienen más ductilidad para asimilar nuevos lenguajes y más facilidad para "aprender usando" que los adultos sobre todo cuando se trata de ingresar al mundo de la comunicación virtual (Web 2). Se debe también a que un porcentaje alto de usuarios de Internet, y otras fuentes informatizadas de conocimientos, lo hace por vía de establecimientos públicos y de la infraestructura escolar. Por esa vía, es sobre todo entre los jóvenes que la conectividad se extiende tanto a estratos sociales altos como a grupos de menores ingresos.

En definitiva, como asevera el Panorama Social 2004, a diferencia de la televisión que implica un consumo transgeneracional –aunque varíen los gustos entre generaciones- el acceso a la cultura virtual representa un consumo marcado por la brecha generacional. Es evidente, por otro lado, que existen diferencias en el acceso y consumo de las nuevas tecnologías entre los jóvenes de distintos sectores sociales. Pero esto no contradice el hecho de que, en general, se abre la brecha entre jóvenes y adultos, dada la mayor ductilidad de los primeros en el uso de nuevas tecnologías. El vínculo de los jóvenes con las nuevas tecnologías de la comunicación sería así un elemento fundante de su separación y su diferenciación cognitiva y perceptiva respecto al mundo de los adultos. Brecha generacional que podría ser mucho más radical que en generaciones precedentes, dado que el uso de nuevas tecnologías de comunicación implica el desarrollo de "mapas congnitivos" inéditos. Eso significa que por vía del instrumento de acceso a la información los jóvenes acceden potencialmente a un modo distinto de procesar la información y por tanto, de pensar.

> Por otra parte los jóvenes, al igual que el resto de la población, han incrementado de manera intensiva su acceso a la industria audiovisual, sobre todo, por el abaratamiento relativo de los aparatos de televisión y el aumento del crédito. Por la misma razón también la industria discográfica, de videos y video-juegos se incrementó durante las últimas dos décadas, teniendo a los jóvenes como consumidores privilegiados. A esto hay que agregar el aumento sostenido del TV cable y de la multiplicación de canales abiertos y la extensión de horarios de TV. Sin duda, en el marco de la centralidad de los consumos culturales, los medios están entre las actividades de referencia para los jóvenes.
>
> Bien afirma el informe de la CEPAL que la centralidad del consumo de medios de los jóvenes está indicando que el hogar ha pasado a representar un espacio de intenso consumo simbólico y creciente convergencia de tecnologías de comunicación. Va más allá de la televisión o la radio en su modalidad tradicional, hacia un nuevo concepto de "selección a la carta" en el consumo de TV por cable y sobre todo, el streaming vía Internet. Al grado de que paulatinamente sucede lo antes impensable: el esparcimiento juvenil vía videos en redes tipo *You Tube* desplaza a grandes pasos a la televisión. El peso relativo del consumo de medios dentro de la construcción de identidad en el hogar aumenta a medida que se diversifican los canales de acceso a contenidos que también tienden a diversificarse.
>
> Todos estos datos convergen en una expansión veloz del consumo simbólico. Sin embargo, no ocurre lo mismo con el consumo material de los jóvenes. La evolución en la situación de la pobreza y el empleo de la juventud permite pensar que el acceso a bienes materiales sigue un ritmo mucho más lento que el acceso a bienes simbólicos. Los datos muestran que si bien entre los jóvenes la incidencia de la pobreza es algo menor que en el resto de la población, en la última década tiende a decrecer con más lentitud, y por otro lado hay un aumento en el número total de jóvenes en condición de pobreza.
>
> Si bien es cierto que los jóvenes consumen más bienes y servicios que hace una década. Pero este ritmo de expansión está muy por debajo del consumo simbólico. A su vez un mayor consumo simbólico genera más expectativas de consumo material, lo que se da como efecto

una mayor frustración de expectativas que hacen de los jóvenes candidatos a la desazón o la disrupción.

Un tipo de consecuencias apunta a confirmar que a los jóvenes les es cada vez más difícil recibir ideas transmitidas en formas puramente argumentativas, desprovistas de los elementos visuales, que no se dirijan a varios centros perceptivos simultáneamente. Es decir, en las que no se usen imágenes ni se despierten sensaciones; que no sean interactivas y de rápido desenlace. Sus formas de incorporación de conocimiento está usualmente organizada de esta misma forma en la que les viene empaquetado el entretenimiento y la información: partir de sus áreas de interés ya instaladas, llamar intensamente la atención, despertar múltiples sensaciones, co-participación inmediata, resolución rápida. Con inclusión de suspenso, pero no de duda, ni postergación de la satisfacción. Por otro lado, ante la carencia de consumo material que se extiende, el consumo simbólico puede representar una importante *evasión,* hasta constituir un medio (casi) único de satisfacción. ¿Cómo impacta esta estructura perceptiva y comunicacional la pretensión formativa? Otra implicación para quien pretenda acercar jóvenes a sus procesos de formación cristiana y vocacional, es que no puede hacerlo sino a través de estos canales perceptuales-comunicacionales. Simplemente porque no existen otros, fuera de ellos no habrá escucha. No hay lugar para el discurso solitario. Sin embargo, también habrá que desconfiar de la ilusión emotivista. La experiencia vocacional madura mediante la interiorización de las experiencias, no existe otro camino de apropiación de una vivencia creyente y carismática. Será necesario hacer el camino del proceso madurativo desde la adhesión emotiva hasta el aprendizaje de la interiorización. Los procesos de formación que abran la posibilidad vocacional tienen que pasar por mucho más que suscitar emociones religiosas a lo que son susceptibles estos jóvenes, y ayudar a construir verdaderos procesos de interiorización, que usualmente no están disponibles en ellos, como la condición necesaria de apropiación del proyecto de la vida religiosa.

Pistas para la reflexión

1. ¿Cómo se entienden las dimensiones de estos conceptos englobantes de la cultura contemporánea: *sociedad de consumidores y cultura ahorista?* ¿Se perciben en sus formandos? ¿Qué implica para los procesos formativos?

Se sugiere que primero se revise la comprensión de cada tensión.

2. ¿Se percibe en nuestros formandos esta resistencia y descrédito a los largos procesos formativos, encuentras conexión entre tu experiencia con los formandos y el descrédito hacia el estudio y el interés intelectual? ¿Cómo se enfrenta actualmente?
3. ¿Se capta entre ustedes esta desconexión entre el mundo de lo social-político y lo vocacional, y por otro lado, el creciente interés en los ámbitos “de lo privado” y del vínculo afectivizado? ¿Cómo se aborda?
4. ¿Están ocurriendo estas dificultades para realizar las opciones de vida religiosa por fuerza de los vínculos familiares; y por otro lado, una resignificación de la opción como *privilegio,* en qué ámbitos, y qué desafíos les presenta?
5. ¿La tensión entre *autonomía moral precoz y autonomía material postergada* se reproduce en sus procesos formativos, con qué características, cómo afecta y cómo se le hace frente?
6. ¿Cómo afecta la explosión del *consumo simbólico* la receptividad de los formandos a la propuesta formativa, cómo se está generando? ¿Qué desafíos suscita a la oferta formativa y a la habilitación progresiva de los formandos?